
Vigilia incesante de A. Darío Lara

Francisco Proaño Arandi*

Siempre me pareció que en ese memorable libro de Rubén Darío, *Los raros*, publicado en Buenos Aires en 1896, falta la semblanza de una figura egregia y brillante: nuestro don Juan Montalvo. En ese libro, Rubén Darío retrató a diecinueve autores caracterizados, tanto por su trascendencia literaria, cuanto por rasgos que los ubican más allá del común de los mortales: su rareza, su aporte innovador a la literatura, o, simplemente, su genio. De los diecinueve biografiados, sólo uno es de lengua española: José Martí. La ausencia de Montalvo sorprende un poco, si consideramos que en su primera juventud, el futuro profeta del modernismo había admirado al gran polígrafo ecuatoriano y aun escrito una oda en su honor. Por su parte, la vida y obra de Montalvo, e incluso lo singular de su muerte, a la que recibió vestido de impecable frac, en París, en enero de 1889, habrían encajado casi de manera natural en la magnífica galería de *Los raros*.

Tal vez, en los años subsiguientes a la muerte de Montalvo, Rubén

Darío, inmerso en plena insurrección modernista, se habría revuelto contra quien fue una de sus primeras admiraciones literarias, lo que explica su ausencia en el libro.

Ahora, frente a otro libro, publicado en 1983, *Montalvo en París*, Tomo I, siento que esa ausencia verificada en la obra dariana se ha compensado con creces gracias al apasionado afán investigativo de otro gran polígrafo, el autor de dicho ensayo, A. Darío Lara, quien bucea en las interioridades del exilio montalvino en la capital francesa y en los testimonios de sus descendientes, logrando, desde otras perspectivas, recuperar en toda su fuerza la impronta humana y literaria del gran escritor ambateño.

Lamentablemente, A. Darío Lara falleció, asimismo en París, el 9 de enero de este año, 2009.

Más allá de la muerte, se tejen extrañas coincidencias entre el biografiado y su biógrafo; pero una de ellas emerge con singular claridad:

* Francisco Proaño Arandi. Novelista y cuentista. Embajador del Servicio Exterior ecuatoriano.

su común preocupación por el destino de su patria, siempre vigilantes desde el común destierro (en el caso de Montalvo) o autoexilio (para A. Darío Lara), en París.

Deja A. Darío Lara una veintena de obras, más un abundante número de artículos y trabajos, casi todos en relación con la historia y la cultura ecuatorianas y algunas de sus figuras representativas, siempre bajo un impulso apasionado y creativo donde se funden, por un lado, la nostalgia de la patria lejana, y el afán por proyectar sus potencialidades en el escenario internacional, al menos, en aquel que le tocó vivir por dilatados años: Francia.

Ese cometido pudo vislumbrarse desde que redactara su tesis doctoral, en París: *El pensamiento y las letras francesas en el pensamiento y letras ecuatorianas*. Presagio de lo que sería otra de sus preocupaciones vitales: los vínculos entre la cultura francesa y la ecuatoriana, sus interinfluencias, su diálogo permanente, en particular a través de la obra de varias figuras clave: Montalvo, Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Zaldumbide, Gonzalo Escudero, Alfredo Gangotena.

En efecto, en su largo trajín ensayístico e investigativo escribió sobre la presencia en Francia de intelectuales como los nombrados, pero cobran especial relevancia sus

ensayos en torno a Jorge Carrera Andrade (*Jorge Carrera Andrade, memorias de un testigo* (1998); *Correspondencia de Jorge Carrera Andrade con intelectuales de lengua francesa*, recopilada en colaboración con su hijo Claude Lara Brozzesi), y su estudio *Juan León Mera y Chateaubriand*.

No pueden dejar de citarse estudios como *Viajeros franceses al Ecuador en el Siglo XIX* o *Galería de Ilustres Mujeres Ecuatorianas*, entre otros muchos, en todos los cuales A. Darío Lara demostró sus dotes de ensayista, historiador e insigne y riguroso investigador.

Esta labor ensayística la desarrolló en medio de un intenso trabajo como catedrático en la Universidad Católica de París y en la Universidad de París X, donde dictó cursos sobre “Civilización y letras hispanoamericanas”, y como miembro del Servicio Exterior ecuatoriano, lo que lo llevó a desarrollar funciones diplomáticas en París entre 1955 y 1983. En la Universidad de París X impulsó la creación del Centro de Estudios Ecuatorianos y fue uno de los principales animadores del Coloquio de Besanzón sobre Juan Montalvo, que tuvo lugar en dicha ciudad francesa en marzo de 1975, coloquio donde presentó ya una síntesis del estudio que, más tarde, y al cabo de prolijas investigaciones, se convertiría en el ensayo que hemos citado: *Montalvo en París*.

Pareciera que en muchos escritores el alejamiento de la patria les permite mirar su realidad con una mayor objetividad, a la vez que referirse a ella sin ninguna traba, re-interpretándola en su verdad más profunda. No en vano Nietzsche pudo afirmar: “He elegido el exilio para poder decir la verdad”. Al mismo tiempo, la nostalgia irremediable que se hace presente en la realidad del emigrado, simula obligarlo a una preocupación mucho más intensa por lo que sucede en el lugar natal, casi como si se tratase de una misión o un cometido existencial del que, el desterrado o autoexiliado, no puede evadirse.

Tal el caso de A. Darío Lara, demostrable en el contenido y profusión de sus ensayos, centrados casi siempre en la patria y en sus figuras. Tal el caso de otros grandes emigrados ecuatorianos, fuese porque fueron extrañados del país por disposición de los poderes en turno (Juan de Velasco, Juan Bautista Aguirre, Montalvo, Honorato Vázquez, Federico Proaño), o porque eligieron permanecer largos años en fecunda distancia, entre ellos, Jorge Carrera Andrade, Alfredo Gangotena, César Dávila Andrade, Miguel Donoso Pareja, Jorge Enrique Adoum, Raúl Andrade, Francisco Tobar García, Renán Flores Jaramillo, y algunos otros.

Darío Lara integra, sin duda, esa prestigiosa galería de intelect-

uales y creadores que, no obstante permanecer fuera del país que los vio nacer, centraron su labor en la investigación e interpretación de sus más significativos valores, transmutadas la interpretación y la representación conceptual por esa objetividad que pareciera sólo puede alcanzarse lejos de la realidad objeto de sus preocupaciones.

Se mantuvo siempre en esa línea, desde los poemas de su *Quito, Relicario Colonial*, hasta sus estudios en torno a Juan León Mera.

Una línea que, como queda dicho, incluye también la nostalgia, una nostalgia profusa en realizaciones y de la cual, según señala Raúl Andrade en su ensayo *Teoría del destierro*, el exiliado puede volver purificado: “El destierro—dice Andrade—, es el único camino de la certeza, la sola verídica manera de descubrir la lejanía. Desde su límite de niebla regresa el desterrado a su hora exacta y se tiende a descansar, bajo ese cielo familiar que no se parece a ningún otro cielo del mundo...”. Algo similar experimenta el propio A. Darío Lara cuando escribe:

“Residente al oeste de la Capital (París), diariamente debo atravesar, por lo menos dos veces, la calle Cardinet, a pocos metros del número 26 (donde muriera Montalvo), así como la Plaza de Champerret, en donde se levanta el busto de Juan

Montalvo, junto al de otros ilustres hispanoamericanos. Nada extraño que esta diaria visión, esta presencia casi material (el busto histórico de 1900 se halla frente a mi escritorio de trabajo), me hayan servido de resorte poderoso para resolverme a establecer tantos hechos de la vida de Juan Montalvo en París.

“Alejado tantos años del país, más de una vez su nostalgia se me ha contagiado también y he experimentado que, pese a la universal reputación del buen pan francés, a

veces se vuelve amargo cuando el recuerdo de la tierra natal –cual gusano incrustado en reconditeces misteriosas– lacera intensamente las fibras del propio ser.” (A. Darío Lara, *Montalvo en París*, Tomo I, Edición del I. Municipio de Ambato, 1983. Pág. 113)

El periplo vital de A. Darío Lara ha cesado, pero su obra, sus hallazgos y aportes tan caros a la cultura nacional, su legado intelectual, permanecen vivos, en incesante vigilia.